

se con profunda indignacion , y poniéndose de pié, respondió con una altivez y firmeza que dejó á todos asombrados:

—Tienes razon, Bibulo— exclamó — debe ser un acto repugnante para un hombre digno el ofrecer en espectáculo su deshonra , y no lo es ménos para mí en este momento, puesto que la indignidad de un marido viene á caer siempre sobre la frente de su esposa. Tú has invocado el testimonio de los que te acompañan , y yo soy á mi vez quien reclama ese testimonio. Todos habeis visto hoy á Bibulo, el duunviro, presidir con acierto los juegos del circo, y habeis podido tambien juzgar con cuánta pompa y esplendidez sabe disponer los placeres de un festin. Otorgadle toda vuestra gratitud por tan elevados talentos; pero si os considerais en el deber de felicitarle por la tranquilidad con que os entregais á todos esos placeres; si cada uno de vosotros y todos juntos vivís en la confianza de poder volver á vuestras casas sin que éstas se vean asaltadas y entregadas al pillaje durante una sedicion fraguada en las sombras de la noche, merced á los desvelos y á las acertadas disposiciones de vuestro gobernador y de vuestro magistrado, yo soy entónces quien reclamo para mí estos elogios y estas felicitaciones.

—¿Qué significa?...— dijo Bibulo casi

confundido por la firmeza y valentía de Fortunata.

—Significa— prosiguió la esposa del duunviro— que en tanto que tú pasas las horas entregado á los deleites del vino y embriagándote al lado de la mujer, á quien sin duda debes haber prometido el título que por lo visto querias vergonzosamente arrebatarme entregándome á la infamia, yo he velado con exquisito celo por tu salud, y quizás por la vida y por la hacienda de todos los que vienen contigo. Este hombre, á quien tú has creído sorprender en este momento como un amante mio, ha venido aquí, en efecto, solicitado por mí y en virtud de una cita amorosa; pero este pretexto no ha sido otra cosa sino una celada para obtener y arrancar de su lengua una declaracion indispensable, una confidencia, en pago de la cual le he ofrecido solemnemente que le sería perdonada la vida, si consiente en completarla y dar más detalles sobre ella delante de vosotros, puesto que vuestra llegada ha venido á interrumpir el interrogatorio á que estaba sometido por mí. Sabed, pues, todos, que esta misma noche, y aprovechando las ventajas que les ofreciera la embriaguez de todos vosotros en ese festin, del cual o ha parecido mi ausencia tan culpable, o haber asaltado este palacio, asesinado el



duunviro, asesinados tambien los personajes más principales de la ciudad, y toda la población de Nemausus entregada al pillaje, á la rapiña, á la violencia y á la anarquía.

Todos retrocedieron espantados ante el pavor de una revelacion tan estupenda.

—¿Es posible?— exclamó Bibulo.

—Es cierto— respondió Asclytio advertido por una mirada de Fortunata.

—Que se someta al tormento á este hombre para obligarle á declarar el número y nombres de sus cómplices.

—Eso sería por tu parte, como siempre, dar pruebas de tu ineptitud, Bibulo,— se apresuró á decir Fortunata con arrebatado de cólera influencia.—¿Por qué has de exigir en el tormento lo que este hombre está dispuesto á declarar voluntariamente? Yo le he ofrecido el indulto de su vida por lo que ya me ha revelado, y ahora hago más porque le prometo el indulto de su libertad, en pago de lo que puede revelarme todavía. Ciudadanos magistrados aquí presentes, que me estais oyendo, venid en mi ayuda para impedir que el rigor de Bibulo pueda perdernos despues de habernos expuesto al peligro con su negligencia.

—Fortunata tiene razon—exclamó Fausto— ante un peligro tan inminente debe asegurarse nuestra defensa por los medios

más rápidos. Yo me comprometo á defender la libertad de este hombre, si nos declara los nombres de sus cómplices diciendonos cuáles pueden ser las esperanzas de los conjurados.

Todos aprobaron la manifestacion de Fausto, y aprovechando Fortunata la oportunidad de dejar á otros el peso de aquella escena, dijo al tribuno:

—Si así lo prometeis, interrogadle vos mismo.

Fausto se aproximó á Asclytio, y le preguntó:

—¿Quiénes son tus cómplices?

—No tengo más que uno.

—¿Cuál es su nombre?

—Vindex.

—¡Vindex! ¿El lugarteniente de César en las Gálias?

—Ese mismo.

—¡Vindex! ¿Ese venerable anciano tan celebrado por sus virtudes?

—Ese mismo.

—¡Eso es imposible!... ¿Dónde le has conocido?

—Le conocí en Tolosa, donde ya quedé comprometido con él para prestarle apoyo con los doscientos gladiadores que tengo á mi disposicion.

—¿Quiénes eran los que debian pene-



trar en este palacio y asesinar al duunviro y á todos nosotros?

—Yo y mi gente.

—¿A qué hora?

—A la hora quinta de esta noche.

—¿Dónde están tus camaradas?

—Todos me esperan.

—¿Por qué, pues, has venido aquí solo?

—Porque, como ha manifestado ántes Fortunata, yo he creído venir á gozar una aventura amorosa, y hacia cuentas de poder estar de regreso al lado de los míos á la hora convenida.

—¿Y cómo ha sido descubierto ese complot por Fortunata?

—Lo ignoro.

—¿Dónde está y quién ha sido la persona por cuyo conducto has recibido las instrucciones para lo que debiais ejecutar?

—Vindex en persona ha sido quien me ha comunicado sus órdenes.

—¿Pues qué, Vindex ha estado aquí en Nemausus?

—Ha estado y está.

—Tambien sabía yo eso, — dijo Fortunata.

Todos se miraron con sorpresa; pero á pesar de tantos detalles, aún dudaba Fausto, y despues de un instante de reflexión, añadió:

—Todo esto es imposible y absurdo. Aun suponiendo que Vindex tuviera un proyecto semejante, no hubiera pensado ejecutarlo con tan miserables elementos, porque no podía olvidar que yo estaba con mi legion á las mismas puertas de Nemausus. Este hombre, por tanto, nos engaña: ó bien tiene otros complicés, ó bien es una fábula y una mentira cuanto acaba de decirnos.

—¿Veamos, miserable — exclamó Bibulo — qué tienes que responder á tan lógicas observaciones?

Asclytio parecia estar en extremo embrazado: ya comenzaba á turbarse, á balbucear, y, finalmente, juraba por todos los dioses haber dicho la verdad, cuando un nuevo incidente vino á imprimir otra faz á su violenta situación. Era la consternación que á todos los presentes produjo un extraño ruido que se dejaba oír hácia el lado de la escalera principal del palacio. Por un momento creyeron que ya eran los gladiadores que habian invadido el edificio, y cada cual tiró de su espada para disponerse á la defensa; pero en vez de los foragidos que se esperaban ver aparecer, se presentaron unos lictores, precediendo á un anciano, vestido con el ropaje consular, y ostentando en sus manos un rollo de bergamino.



Aquel anciano era Vindex.

Por muy grande que fuera su sorpresa y su disgusto al contemplar el espectáculo que se ofrecía á sus ojos viendo aprisionado á Asclytio, ninguna señal de turbacion asomó á su rostro. Arrojó una severa mirada en derredor de la estancia, y dirigiéndose á Bibulo que le observaba lleno de estupor con la espada desnuda, le dijo:

—¿A qué vienen esas armas y esos aspectos belicosos? ¿Es así como el duunviro Bibulo recibe en su palacio al que es portador de los rescriptos del Emperador? Donde yo esperaba encontrar súbditos obedientes, ¿habré hallado quizás sediciosos turbulentos? Responde, Bibulo.

La inesperada presencia de aquel personaje impresionó vivamente todos los ánimos, y sembró la confusion en todas las inteligencias. Porque, en efecto, la situacion era anómala y extraordinaria: aquel gladiador, á quien se habia creído sorprender como clandestino amante de una elevada patricia, y que resultaba ser el agente de una tremenda conspiracion, y aquel Vindex, delatado como jefe de esa misma conspiracion contra el Emperador, que llegaba y se presentaba en nombre y representacion del Emperador... ¿debía ser obedecido? ¿Podía atentarse contra él ordenando su prision? Esto era lo que pre-

ocupaba á Bibulo, cuya mirada incierta interrogaba la opinion y la actitud de todos los que le rodeaban, como consultando qué era lo que debía hacer. Solamente Fausto conservó la presencia de espíritu necesaria para decir en voz alta la verdad sin ambages ni rodeos, como todo hombre que camina de frente por la senda del valor, de la rectitud y de la razon.

—Vindex— dijo— yo voy á darte la explicacion necesaria para que comprendas la causa de que nos encuentres así reunidos y en esta actitud belicosa.

Vindex no le dejó continuar.

—El decreto imperial que tengo en mis manos— dijo— me ordena que ántes de atender á ninguna reclamacion, y ántes de escuchar ninguna súplica, proceda á ejecutar la suprema voluntad del César, lo cual en este momento es tanto más fácil, cuanto que la persona interesada se encuentra aquí presente. A tí, pues, Silia, es á quien aludo.

Lanzando Vindex así desde luégo el nombre de aquella noble dama, estaba seguro de interesar la atencion de Bibulo y de Fausto, apartando á éstos fácilmente de sus intenciones.

—Pues bien— exclamó Silia— héme aquí ya dispuesta á escuchar las órdenes del Emperador.



Vindex desplegó entonces el pergamino que llevaba en la mano, cuyo documento aparecía legalizado con el sello y la firma de Neron.

El mandato que contenía aquel pergamino era digno, por todos conceptos, de la persona que lo había dictado. En él se anunciaba la muerte de Silano, el esposo de Silia, y se decretaba la confiscación de todos sus bienes y los de su esposa. También se disponía que los hijos de Silano, por haber escapado de Roma sin el permiso expreso del Emperador, estaban considerados como reos de lesa majestad, y en su consecuencia se ordenaba que fuesen arrestados en Nemausus, donde sin duda alguna se habrían refugiado y que conducidos á Roma, compareciesen ante el tribunal de Neron para ser por éste juzgados. En cuanto á Silia, su madre, por haberlos acogido y dado asilo, se le declaraba incurso en el delito de complicidad, y debía ser asimismo detenida y conducida con ellos para sufrir el castigo que el César tuviese á bien imponerle.

Cuando Neron firmaba un rescripto semejante, sabíase desde luego todo lo que significaba y todo lo que quería decir: para el hijo era la muerte; para la hija y para la madre era la más abyecta infamia en el desenfreno de las orgías imperiales.

Silia quedó muda de terror.

Bíbulo inclinó la frente.

Todos quedaron en silencio.

Fausto fué solamente quien osó levantar su voz.

—¡Y eres tú, Vindex—gritó el tribuno—tú, un soldado, el hombre respetable que hasta hoy había consagrado santo respeto á la virtud en medio de la espantable tiranía que nos gobierna, eres tú, digo, el encargado de ejecutar una orden tan odiosa!

Vindex no se turbó ni un punto y contestó con seca frialdad.

—Yo no he recibido más encargo que el de trasmitirla á los magistrados de la ciudad: á éstos, pues, es á quienes corresponde su ejecución.

—¡Y se ejecutará!—gritó Fortunata con exaltado júbilo.—Para nosotros son sagradas las órdenes del Emperador. ¡Prended á esa mujer!

—¡Fausto!—exclamó Silia, precipitándose hácia el tribuno—¿serás capaz de sufrirlo?

Por muy execrable que fuese la orden de Neron, y por más que sólo se refiriese á una débil mujer y á dos niños, la desobediencia significaba una sedición perfecta. El tribuno vacilaba y casi volvía la espalda á Silia, cuando su mirada encontró la de



Asclytio, que le observaba con ansiedad, y que á favor del tumulto y confusion de aquella escena, pudo rápidamente decirle:

—Tengo que decirte todavía el nombre del cómplice con quien creíamos poder contar: ese cómplice debía llamarse Fausto.

Al oír aquella súbita revelacion el tribuno dirigió una profunda mirada á Vindex, quien adivinando la confianza que acababa de hacer el gladiador y la interrogacion de aquella mirada, contestó á Fausto con un signo afirmativo, haciéndole comprender la verdad de aquel enigma.

— ¡No, Silia, — gritó entónces Fausto — yo no te abandonaré á la liviandad y á las crueldades de Neron: yo juro protegerte!

En aquel momento Bibulo, repuesto algun tanto de su sorpresa é impulsado por Fortunata, se colocó en la puerta de la cámara y previno á todos que nadie intentase salir, ni Silia, ni Fausto, ni Asclytio, ni el mismo Vindex. Á los gritos y desaforadas voces del duunviro acudieron sus esclavos en número más que suficiente para contener la resistencia de las pocas personas que pudieran querer intentarla. Vindex le requirió para que tuviese presente su cualidad personal como legado y representante del Emperador; pero Bibulo le repitió la revelacion de Asclytio, y no le reconoció autoridad ninguna, escuchando to-

avía ménos las terribles amenazas de Fausto. En seguida se retiró Bibulo para celebrar una especie de consejo ó consulta con algunos otros magistrados de la ciudad que habian asistido al banquete, quedando encerrados en la cámara de Fortunata como prisioneros Asclytio, Vindex, Silia y Fausto. Tan pronto como éstos quedaron solos, Vindex se dirigió á Asclytio, é increpándole con la mayor cólera, le dijo:

—Ya ves, miserable, cómo nos ha perdido tu traicion.

—Di más bien tu imprudencia, Vindex, — replicó Fausto. — Porque imprudentemente has expuesto el éxito de una empresa en favor de la libertad confiándolo á la discrecion y al valor de un esclavo miserable.

—¿A qué perder el tiempo en inútiles recriminaciones? — dijo Silia — pensad en nuestra salvacion, ó mejor dicho, pensad únicamente en la vuestra. Abandonadme á mí sola al rigor de Bibulo y quizás podais obtener así vuestra libertad. De ese modo Fausto podrá colocarse al frente de su legion y sus soldados le protegerán contra el duunviro.

— ¡Ah! si yo pudiese hablar á mis soldados, yo respondia de su adhesion á mi persona y de su obediencia á mis mandatos.

— ¡Pues bien! — exclamó Asclytio — si eso



es así, todos nos hemos salvado. Es indudable que todas las salidas aparentes de esta cámara estarán guardadas; pero aquella por donde yo he sido introducido, que debe sólo servir para que lleguen aquí los amantes de Fortunata, no debe ser conocida por el Duunviro y no habrá podido ser custodiada.

Así diciendo el esclavo levantó unos tapices y dejó ver á sus coprisioneros una puerta secreta cuidadosamente construida en el muro de la alcoba. Para llegar á ella era necesario pasar por encima del lecho de Fortunata. Asclytio la abrió y fué á pasar el primero; pero no bien lo hubo intentado cuando se sintió herido en mitad del pecho por un golpe violento. La puerta fué impulsada de la parte exterior con irresistible fuerza sobre el mismo Asclytio, y el gladiador cayó en el lecho lanzando un profundo gemido.

Clavado en el corazon tenía un agudo puñal.

Asclytio hizo esfuerzos supremos, dando á entender que deseaba pronunciar algunas palabras ó hacer alguna nueva revelacion, pero no tuvo fuerzas para ello y espiró, mientras los espectadores de aquella sangrienta escena permanecian mudos de terror y se miraban unos á otros con espanto. Ni áun siquiera se atreven á con-

fiarse sus pensamientos, porque ya tenian la evidencia de encontrarse rodeados de tal vigilancia que la palabra más insignificante llegaria á conocimiento de sus enemigos.

Sin embargo, Vindex, reuniendo á Fausto y Silia, murmuró en voz baja:—Ese es un golpe que ha partido de la mano misma de Fortunata: ella sola conoce esta salida y ella sola vela sin duda tras esa puerta. Así se ha asegurado el silencio de ese hombre sobre la verdadera causa de su venida á este sitio, y así se proporciona un arma contra nosotros acusándonos quizás de haber asesinado á este hombre para que sus declaraciones no pudieran comprometernos más. ¡Todo se conjura para nuestra desgracia!

Aquella estancia, que pocos momentos ántes habia sido teatro de escenas tan tumultuosas y de un drama tan sangriento, estaba sumida en un mortal y pavoroso silencio. Silia, retirada en uno de sus rincones, dejaba escapar por medio de ahogados sollozos las manifestaciones de su dolor, y no solamente la preocupaba su triste suerte, sino que se desesperaba por la de sus hijos, sintiendo en su conciencia el remordimiento de no haberlos querido recibir aquella mañana. Silia sabia que los huéspedes de Fausto eran sus hijos;



pero en la lucha de los crueles pensamientos que la dominaban y la atormentaban no se atrevía, sin embargo, á dirigir ninguna pregunta sobre ellos al tribuno, y éste, dedicado absolutamente á pensar en los medios de salvarla, no escuchaba siquiera sus gemidos ni se le ocurría dirigirle una sola palabra de consuelo.

En otra época, y bajo otro gobierno que no fuese el de un déspota como Neron, la denuncia de un esclavo y su sola palabra, sin pruebas de ninguna especie, no hubiera podido ser bastante para condenar á dos hombres de la jerarquía de Fausto y Vindex; pero ambos tenían el íntimo convencimiento de que la más insignificante apariencia ó la más leve sospecha había de ser considerada por el tirano como prueba suficiente de culpabilidad, digna del más tremendo é inmediato castigo. No había, pues, para ellos más salvacion que la sedicion armada y triunfante; pero advertido ya Bibulo, era de presumir que hubiera tomado sus precauciones para contener en su disciplina la legion de Fausto, procediendo simultaneamente al desarme y prision de los gladiadores de Asclytio; de modo que no parecia quedar medio ni esperanza alguna de salvarse.

En medio de aquel profundo estupor abrióse súbitamente la puerta, presentán-

dose en ella Fortunata, acompañada de algunos hombres armados. Su palidez y el temblor convulsivo que la agitaba hubieran sido testimonios irrecusables del crimen que acababa de cometer, si no lo fueran por otra parte la prontitud con que descubrió el cadáver de Asclytio, la mal fingida sorpresa que demostró y la acusacion que en el acto lanzó contra Fausto y Vindex, corroborando las acertadas sospechas de éstos sobre las ventajas que Fortunata sabría aprovechar de aquel asesinato.

Aunque la esposa de Bibulo habia pensado desde luégo que impunemente podia acumular sobre los acusados toda la responsabilidad de la muerte del gladiador, tenía Fortunata otra venganza que ejercer; venganza la más sabrosa y estimable para el corazon de una mujer, cual era la desgracia y la humillacion de una rival. Así es que tan luégo como hubo hecho practicar el reconocimiento testifical de los que la acompañaban sobre el nuevo crimen que acababan de descubrir, dirigió la palabra á Silia, diciéndola:

—Yo sé ¡oh Silia! que hoy has venido á este palacio bajo la promesa de mandar mañana en él como dueña y señora; pero la negligencia de Bibulo ha olvidado enseñarte algunos departamentos que yo que



ro hacerte conocer. Uno de ellos es el calabozo donde se emprisionan los esclavos indómitos, y otro será la mazmorra donde se les castiga con la infamia del látigo cuando á ello se han hecho acreedores.

Aquella amenaza hizo palidecer á Silia, y Fausto al oirla no pudo contener las manifestaciones de su indignacion.

—¡Oh! no temas nada por ella,—se apresuró á añadir Fortunata—esta hermosa dama pertenece desde hoy á los placeres de Neron, y yo no he de aumentar las nacientes arrugas de esta belleza destinada al señor del mundo con los surcos del látigo ni con sus sangrientas cicatrices.

Silia rugió de indignacion y vergüenza, y dijo á Fortunata:

—Aunque sea muy escasa mi belleza, no he tenido jamas necesidad de entregarla á las caricias de un vil gladiador, y no es ciertamente en la arena ni en el teatro donde querria encontrar nunca un amante.

—Ya sé, ya sé—replicó Fortunata—que tu aficion y buen gusto los buscas entre los rangos más nobles y elevados, donde no solamente intentas conquistar un amante sino tambien un marido. Algun oráculo divino te habia profetizado tu viudez y la pronta muerte de Silano, puesto que exigias de Bibulo que me repudiase y

que te diera su nombre como precio de un amor que tantos otros han obtenido más barato.

—¿Es cierto eso?—exclamó Fausto al escuchar aquella acusacion que le desesperaba y afligia mucho más que todos los peligros que en aquel momento le amenazaban.

Silia se encontraba en una de esas situaciones desesperadas y supremas en que la misma desventura imprime un sello augusto y solemne á una sincera confesion de culpas.

—Es cierto, Fausto; sí, yo hubiera aceptado el nombre de Bibulo y su matrimonio; pero no debes olvidar que tú me habias rechazado.

—Eso es,—dijo Fortunata—ó tú ó él: á ella le hacia falta uno cualquiera de los dos.

—Tienes razon, Fortunata—replicó Silia.—O Fausto pobre, si él hubiera querido, y á quien yo misma me he ofrecido, porque le amo; ó Bibulo rico, que me lo suplicaba de rodillas, y á quien nada habia yo prometido aún.

Despues, dirigiéndose á Fausto, añadió:

—Cuando esta tarde nos hemos separado, te dije que muy pronto tendria quizás que suplicarte me prestáras un importante servicio. El momento ha llegado



y ahora puedo decirte lo que espero de tí.  
Y aproximándose á Fausto, continuó en voz baja:

—Si aún á costa de mi perdicion puedes salvarte, no vaciles ni un momento: sálvate. Pero es necesario que sepas una cosa: los dos jóvenes á quienes has dado hoy hospitalidad, son mis hijos; aquella vírgen, que en estos momentos está sin duda bajo tu techo, es hija mía y yo te la confío. Es muy bella, Fausto; tan bella como lo fui yo cuando podia ser digna de tí. Consagra á la hija el amor que ofrecias á la madre y sálvala de los brutales excesos de Neron; que en cuanto á mí ya sé bien cómo he de evitar la ignominia de sus mandatos, porque ha sonado la hora en que debo tener presente el virtuoso y heroico ejemplo de Silano.

En aquel momento Fortunata ordenó que Silia fuese conducida á uno de los calabozos del palacio, y que Vindex y Fausto fueran encerrados en separadas prisiones.

4  
E. Garcia  
BIBLIOTECA UNIVERSAL